

## Callar y escuchar religiones amerindias

Diego Irarrazaval \*

Callar y escuchar. Captar voces contrapuestas. Ver señales que dan los pueblos. Estar atento a la opaca voz de Dios. Poner el corazón y los pies sobre el camino inédito. Éstos y otros desafíos son propuestos por el anciano y rejuvenecedor Pedro Casaldaliga.

“Cállate ya  
y escucha.

Escucha en paz humillada

-en humos de libertad-

la voz contraria de tantos.

Escucha Su voz opaca,

la voz ambigua del pueblo.

Escucha también tus voces,

borbor de pozo confuso

que cifra toda su vida.

Vivir es ir poniendo

el corazón y un pie detrás del otro

sobre el camino que se vaya abriendo”. (1)

Por mi parte, les propongo: 1- callar para escuchar los mestizos cristianismos amerindios, y oír los clamores de cambios civilizatorios; 2- ver claroscuros eclesiales, y revisar inquietudes sobre teología y cultura.

-----

\* Publicación de partes de una extensa preparación para el Convegno Internazionale en la Universidad Urbaniana, Roma, 7 de abril, 2014. En Alberto Trevisiol (ed.), *In ascolto dell' America. Popoli, culture, religioni, strade per il futuro*, Roma: Urbaniana University Press, 2014, 51-58.

Son dos grandes temáticas, que sólo serán delineadas; y confío que los/las participantes en este Congreso afinaremos preguntas y hermenéuticas. Nuestras temáticas merecen delimitarse: cristianismos vividos hoy (y no lo doctrinal e institucionalmente “correcto”), e itinerarios humanos y espirituales en la región amerindia que va de Colombia hasta el sur del continente (y examinar lo cultural no de modo esencialista ni como valores).

### 1. Procesos ambivalentes y entrecruzamiento entre culturas.

Más que hechos puntuales deseo comentar mega-tendencias y el acontecer interactivo y emergente. Conviene primero callar, y cuestionar las lecturas que hoy suelen realizarse (por ejemplo: habría honda fe y poca ética; formas más católicas y adaptaciones más o menos sincréticas; tensión entre sectores bien formados y lo popular-supersticioso; creencias en Dios y alejamiento de la iglesia, etc.). También le cabe callar a profesionales ilustrados, y les cabe convertirse, a fin de disfrutar la sinfonía de fe del pueblo de Dios.

Con un trasfondo histórico de imposición y resistencia (2), los cristianismos amerindios ¿qué son hoy? Son cauces con elementos turbios y opacos, a veces transparentes, y a menudo bien creativos (3). Los cristianismos (examinados por las ciencias) se desenvuelven impactados por dos absolutos complementarios: el ego-sacralizado y el omnipotente mercado. Aunque persiste la colonialidad (e imitación de quienes dominan) lo predominante es la interacción entre culturas que perciben un cambio de época. Además, contamos con saludables crisis en lo eclesial y en lo teológico.

A mi parecer no sólo existen distintos “cristianismos” en la macro región andina y en el continente; ellos forman parte de procesos planetarios que los reconfiguran. Quien se dice creyente ve el mundo -de modo consciente o inconsciente- desde las pautas del yo, y lo ve siendo participante/cómplice del mercado totalitario. La subjetividad es vendida y comprada (4), y la lógica del mercado penetra lo social, las identidades, lo espiritual (5). Todo esto condiciona estrategias de marketing católico, a fin de acrecentar la práctica sacramental y las devociones a los Santos (6).

Pues bien, si la ego-religión en modos abiertos y encubiertos penetra la piedad y asociación católica y también la militancia pentecostal y evangélica ¿qué es hoy prioritario en términos pastorales? Se constata que la espiritualidad autocentrada está reconfigurando los terrenos eclesiales y teológicos. Todo esto favorece un marketing de lo cristiano-privatizado. Pues

bien, en los discursos oficiales y en la pastoral de cada día hay varias maneras de encarar esas cuestiones apremiantes. Me parece que en cierto sentido hay buenas intenciones de evangelizar con recursos publicitarios; sin embargo, lo que predominan son trampas que hacen caer en las redes del poder.

Por otra parte, también corresponde callar a fin de escuchar clamores de cambios civilizatorios. En muchas maneras la gente va superando la neo-cristiandad colonial y está soñando y forjando un mundo mejor. Por eso ya no caben dualismos tales como o formado o ignorante, o practicante o católico a su manera (ni otros esquemas estáticos). Las personas creyentes que nos reconocemos como mestizas vamos desentrañando caminos alternativos en lo social, y lo personal, y lo trascendente.

Los entrecruzamientos entre culturas, entre espiritualidades, entre pautas de vida cotidiana, constituyen mega-tendencias asumidas en una acción eclesial lúcida y puesta al servicio de la humanización. Evangelizar en areópagos, en espacios públicos, en emprendimientos socio-económicos, y en tanto más, sólo es eficaz de modo interactivo hacia el futuro, y sin retroceder a la neo-cristiandad del 19 y el 20. Con genuino ecumenismo se va a las periferias. Allí, la nueva evangelización dialoga con interlocutores de diversos mundos simbólicos. Allí ella se desenvuelve sin etnocentrismo, sin fortificaciones socio-económicas, sin involución eclesiocéntrica.

Ahora bien, lo cristiano es socio-espiritualmente polifacético en las regiones sud-americanas, dadas las intensas migraciones internas y externas, y debido a cambiantes factores autóctonos e ibero-americanos, amazónicos, afro-americanos, asiático-americanos, y otros. Lo indio y lo ibérico, la negritud y demás identidades, tienen rasgos transversales. Ni la condición autóctona y mestiza, ni la negra, zamba y mulata, están segregadas unas de otras. Sería pues anacrónico aislar “un” cristianismo andino.

Dentro de ese complejo escenario se desenvuelve lo andino (que suele ser ubicado entre Colombia y el norte de Argentina y Chile). En el caso de este último, entre sus 16 millones de habitantes mayormente mestizos hay casi un millón que se atribuye la condición de mapuche, 50 mil aymaras, 10 mil quechuas y collas, y otros (7). Somos inter-culturales y poli-cromáticos. La mezcla socio-cultural y la sincretización espiritual no son defectos ni asuntos del pasado. También es replanteado el carácter nacional y continental, ya que no son esencias (ni cabe una evangelización “latinoamericana”). Predomina pues lo mestizo, que como lo describe Sonia Montecino es “una dinámica que

involucra simultáneamente múltiples e intrincados elementos biológicos, culturales, socioeconómicos, y... aspectos simbólicos” (8).

También al interior de cada gran comportamiento humano suele manifestarse una gama de significados entrecruzados. Me detengo en un caso andino: el *tinkuy* (9). Es diversión y danza comunitaria (como parte de festividades católicas) con una coreografía aguerrida que refleja conflictos históricos. Principalmente el *tinkuy* afianza lazos entre seres humanos y con la Madre Tierra, la diferenciación sexual, y el predominio de lo masculino. En ésta y cada situación cabe un discernimiento que ilumine la actividad evangelizadora y la reflexión. El cristianismo cotidiano ni es unidimensional ni es sólo emancipador o sólo alienante. Por eso a cada gama de significados cabe responder con lucidez eclesial. A mi parecer la primera fase es una lectura histórica que sopesa el empoderamiento de poblaciones marginadas, y ello va de la mano con la lectura pluridisciplinar en que la teología dialoga con otras ciencias.

Al discernir cada inculturación/inreligión cristiana, la pauta teológica se refiere a lo medular: amor a Dios y al prójimo (Mc 12,28-34, Mt 22,34-40, Lc 10,25-28), cuya mediación es la eficaz solidaridad con Jesucristo en el pobre (dado el paradigma escatológico en Mt 25,31-46). La crucificada humanidad resucita cuando asume la causa de los demás. La comunidad ausculta e interpreta “con la ayuda del Espíritu Santo, las múltiples voces de nuestro tiempo...” (GS 44).

Se trata de voces interpelantes. Comentaré tres desafíos.

En contraposición a la cristiandad colonial (con su imposición de una “verdadera” cultura y religión), es posible y necesaria una evangelización policéntrica y partidaria de quienes son preferidos/as por Dios. En continuidad con Pentecostés hoy también: “lentos del Espíritu Santo, se pusieron a hablar en otras lenguas... y cada uno de nosotros les oímos hablar en nuestra lengua” (Hch 2,4 y 8); vale decir, gracias al Espíritu, hablar y escuchar nuestras diferencias. Como sugiere J.B. Metz transitar “de una Iglesia europea y norteamericana culturalmente más o menos homogénea -o monocéntrica- hacia una Iglesia universal de raíces culturales muy variadas, es decir, culturalmente policéntrica” (10). Esto favorece vínculos simétricos y no miméticos entre pueblos; que entendemos como obra del Espíritu.

Un segundo gran desafío es estar conectado con iniciativas del pueblo de Dios. Ayer como hoy, con quienes hablan y sanan y “no llevan nada para el camino” reconocemos que esta “llegando el Reino” (Lc 9,3.6, 10,4.9). En el

caminar andino, Calixto Quispe indica que “la experiencia de fe en Jesús de Nazaret se puede vivir en miles de formas religiosas... el sujeto de la inculturación es el indígena junto a su comunidad originaria, sin descuidar al diferente que viene para acompañarnos en este caminar de fe por la justicia” (11). Por mi parte hace unos años anotaba: “la gente ordinaria, el pueblo de Dios con su `sensus fidei`, es quien lleva a cabo la misión...; empezamos a reconocer la obra del Espíritu en la historia concreta, las culturas, las formas religiosas” (12).

Otra gran cuestión es encarar evangélicamente los procesos ambivalentes y entrecruzados. No encararlos desde el autoritarismo ni ocultando el acontecer conflictivo. Más bien, el Evangelio nos asocia con Dios y nos distancia de Mamón (Mt 6,24). Ello nos exige distinguir fidelidad de codicia, y ver el empoderamiento liberador contrapuesto a la discriminación sacralizada. En los contextos amerindios y latinoamericanos, lo genuinamente comunal y espiritual confronta el egocentrismo y el mercado totalitario. La disputa mayor no es entre secularidad y fe, ni entre verdaderos cristianos y gente sincrética. En clamores seculares (contrarios al fundamentalismo religioso), en la autogestión y sincreticidad del pueblo, en la polifacética convivencia urbana (y en tanto más) se escuchan gemidos del Espíritu de libertad.

## 2. Acentos eclesiales y teológicos

Insisto en el callar y escuchar a pueblos autóctonos y mestizos. Vale de modo especial acoger el clamor maya. La teóloga Ernestina López Bac nos presenta el “Buen Vivir/Buen Convivir... concepción del mundo, de la humanidad y de Dios... (que) puede ser hoy de nuevo ofrecida a los demás pueblos y culturas” (13). Se trata de un proyecto, de una lucha esperanzadora, de un pensar creyente. Esto es ofrecido a los pueblos del mundo. En otras palabras, callar y escuchar el cristianismo latinoamericano es también ofrecer clamores esperanzadores al resto de la humanidad.

A continuación pondré tres acentos: escuchar alternativas a la sacralización del yo y del mercado, replantear actitudes ante formas carismáticas, y, trascender barreras androcéntricas. Estos acentos provienen de la prioridad dada hoy en América Latina a la pneumatología.

Un primer acento. La escucha de alternativas que ha caracterizado clamores en la sociedad civil y procesos locales/universales del Foro Social Mundial (desde el 2001 hasta el presente), también se da en ámbitos eclesiales y teológicos. Éstos suelen sintonizar con exigencias de liberación integral a

partir del marginado y excluido. La reflexión recalca al Espíritu en el mundo, la iglesia, las personas, y “donde los pobres despiertan para obrar, para la libertad, para tomar la palabra, para la comunidad, para la vida” (14) como lo enseñó el maestro José Comblin. Además es impugnada la globalización de deseos del sujeto para sí mismo, y es propuesto el futuro con otros que no vemos aún aunque “lo miramos fijamente con la anticipación del Espíritu” (15).

Un segundo acento es discernir y reinterpretar formas carismáticas que hoy predominan en los cristianismos latinoamericanos. Se trata no sólo de renovaciones que llevan tal nombre, ni sólo el incesante y diversificado movimiento pentecostal. En las mayorías que son creyentes por su propia cuenta (y parcialmente insertas en instancias oficiales), en la gama de gestos y plegarias católicas semi-autónomas, y en la incesante sincronicidad, pueden reconocerse acciones del Espíritu que sopla donde quiere. La vitalidad pentecostal y carismática en ambientes marginados tiene que ser discernida por teologías que optan por la y el pobre. Los ejes de lo pentecostal (ejes tales como la sanación de enfermedad, lucha contra el mal, prosperidad concreta) merecen ser reformulados en la perspectiva del ser solidario y del transformar el mundo y el sujeto, de acuerdo con el Espíritu de Jesús.

Un tercer gran acento es la co-responsabilidad de varones y mujeres en el afianzamiento del Amor de Dios en la historia y la creación. Esto implica reemplazar el androcentrismo latinoamericano por la convivencia entre diferentes y en la creación donde somos huéspedes. Dado el colonialismo patriarcal infiltrado en todo (y también en modos de entender y practicar la fe) cabe hoy escuchar voces de inclusión e iniciativas de colaboración. Por eso la teología presta más atención a todas las estructuras e imaginarios del poder, y a la construcción simbólica de la equidad entre diferentes, que cuenta con un ícono trinitario. En cuanto al género, de modo evangélico es apreciado lo femenino y lo masculino, y así se humaniza tanto la mujer como el varón, y se evita reducir a “dios” a categorías hegemónicas.

Voy terminando. Las voces distantes de espacios pudientes a menudo traslucen verdades fundamentales. El cristianismo andino germina y da frutos en lugares tratados como insignificantes, como es el caso del lugar donde se ubicó Gabriela Mistral, y como ocurre también con el misterio del pan consagrado. La poetisa conjuga lo terrenal con la Eucaristía, y en su pequeña población dice: “creemos que en la región, como en la hostia, está el Todo; servimos a ese mínimo llamándolo el contenedor de todo” (16). Me parece que a través del arte y la mística es mayor el reconocimiento del mestizaje espiritual y de la transcendencia en “lo mínimo”.

Como es palpable en cada lugar, al interior de la iglesia hay diversas actitudes. Me inclino a favor de formas cristianas que conjugan elementos -en lo simbólico, ritual y ético- que continúan siendo distintos, y que se redimensionan mutuamente. Por eso en el terreno teológico, mirando hacia el futuro, cabe seguir dialogando con catolicismos y con formas carismáticas del pueblo. Ojalá la acción y reflexión eclesial sea capaz de callar y escuchar de modo liberador

Notas:

1. Pedro Casaldaliga, *El tiempo y la espera*, Santander: Sal Terrae, 1986.
2. Vease Enrique Dussel (ed.), *Resistencia y Esperanza. Historia del pueblo cristiano en América Latina y el Caribe*, San José: DEI, 1995; Maximiliano Salinas, *En el cielo están trillando. Para una historia de las creencias populares en Chile e Iberoamerica*, Santiago: USACH, 2000; Lilian Blanch y otros, *Culturas e diversidade religiosa na América Latina*, Sao Leopoldo: Nova Harmonia, 2009; Cristián Parker (ed.), *Religión, Política y Cultura en América Latina, Nuevas Miradas*, Santiago: USACH, 2012.
3. Vease Manuel Marzal, *El sincretismo iberoamericano*, Lima: PUC, 1985; Bern Schmelz, Ross Crumrine (eds.), *Estudios sobre el sincretismo en América Central y en los Andes*, Bonn: Holos Vert., 1996; Enrique Jordá, *Cristo en comunidades aymaras de El Alto*, Cochabamba: Verbo Divino, 2009; Diego Irarrazaval, *Itinerarios en la fe andina, rasgos originarios y mestizos*, Cochabamba: Verbo Divino, 2013.
4. Sygmunt Bauman examina “la interminable tarea de ser y seguir siendo un objeto vendible” y el soñar “transformarse en un producto deseable y deseado” (*Vida de Consumo*, Mexico: FCE, 2007, 26-27).
5. José Antonio Zamora confronta la “lógica de la mercancía” en las “dimensiones sociales, identitarias, y, finalmente espirituales” del ser humano, “Religión y fetichismo de la mercancía” (en Alberto Moreira, org., *O capitalismo como religiao*, Goiania: PUC Goias, 2012, 86).
6. Vease A.M. Kater Filho “Fe e Marketing” en *Marketing Católico*, 15 (2013). Éste director del Instituto Brasileiro de Marketing Católico promueve la participación en los sacramentos y la devoción a los Santos. Uno de sus argumentos: “si el Marketing trabaja e incentiva la fidelización (lealtad) de los consumidores para sus productos y servicios, hay que utilizar sin miedo las

técnicas del Marketing para estimular la fidelización de los fieles y consecuentemente su fe” (pg. 12).

7. Vease la pluriformidad chilena en Varios Autores, *Revisitando Chile, identidades, mitos e historias*, Santiago: Cuadernos Bicentenario, 2003.

8. Sonia Montecino, “Mestizaje”, en R. Salas (coord.), *Pensamiento crítico latinoamericano*, II, Santiago: UCSH, 2005, 656.

9. Vease J. Carlos Marquez, O. Vargas, “Tinku: espacio de encuentro y desencuentro”, *Anales de Etnología*, La Paz: MUSEF, 2005; Luis Millones, “El encuentro o tinkuy en textos coloniales andinos” (en [www.fas.harvard.edu](http://www.fas.harvard.edu) acceso mayo 2011); otras modalidades de entrecruzamiento: *minga* en regiones quechuas, y *mutirao* en regiones del Brazil (*minga* y *mutirao* son formas de colaboración en trabajos y organizaciones).

10. Johann B. Metz, “Hacia una Iglesia universal culturalmente policéntrica”. *Páginas 92*, 1988, 40-45.

11. Calixto Quispe (yatiri andino y diacono), “Inculturación del Evangelio en los Andes?”, *Fe y Pueblo* 1 (1966), 8-9.

12. D. Irarrazaval, *Teología en la fe del pueblo*, San José: DEI, 1999, 274, 278.

13. Ernestina Lopez Bac, “El nuevo amanecer: un grito de ‘buen vivir/buen convivir’”, *América Latina en movimiento*, 492 (2014), 29.

14. José Comblin, *El Espíritu Santo y la liberación*, Madrid: Paulinas, 1987, 238. En cuanto a lo andino, véase María José Caram, *El Espíritu en el mundo andino, una pneumatología desde los Andes*, Cochabamba: Verbo Divino, 2012.

15. Nestor Miguez, “La posibilidad de una religión liberadora”, en Alberto da Silva Moreira (org.), *O capitalismo como religiao* (Goiania: PUC Goias, 2012), 205.

16. Jaime Quezada (comp.), *Gabriela Mistral: Pensando a Chile, una tentativa contra lo imposible*, Santiago: Cuadernos Bicentenario, 2004, 36.